

En camino hacia el bautismo



Esta vez Agustín ya no se avergüenza querer seguir a Cristo. Él, separado de su concubina y despreocupado como orador de la corte, renuncia de su cargo oficial como retórico. En otras palabras renuncia definitivamente a sus ambiciones no infinitas; y no tiene ningún reparo en volver a ellas. Para ello, Agustín, su madre y sus amigos deciden luego retirarse por un tiempo. Y enfocarse a un “ocio santo”, reconectándose así con la antigua tradición de búsqueda común de sabiduría. Para ello, un rico amigo les presta su villa en el campo, Casiciaco, al sur del lago de Como. Allí, debaten muchos temas filosóficos. Se dedican a la meditación, oración, sobre todo leerán la Sagrada Escritura.

En marzo del 387, Agustín y sus amigos regresaron a Milán y se inscribieron en el registro de candidatos al bautismo como catecúmenos; recibieron algunas catequesis de san Ambrosio, fortalecieron su fe recibiendo el Credo de los Apóstoles, hasta que por fin llegó el día tan esperado; en la noche de Pascua, el 24-25 de abril de 387, Agustín, su hijo Adeodato y su amigo Alipio se presentan lentamente hacia la catedral después de haber ayunado y orado. Se sumergieron en la piscina bautismal para borrar sus pecados. El obispo Ambrosio les lavó los pies; fortaleciéndolos a través de la unción del óleo santo y vestidos con unas túnicas blancas, pudiendo comulgar por primera vez. Agustín resume sobriamente: “fuimos bautizados y lejos de nosotros ha huido la preocupación de nuestra vida pasada. (Conf., IX, 6)

*“Nada manifiesta mejor al amigo como llevar la carga del amigo” (OC 71,1).*